

Miedos y otras desventajas

Primera edición: abril 2018

Título: *Miedo y otras desventajas*

© Rubén Cerdá

© De la portada, la editorial

© De la corrección, la editorial

© 2018 MarBen Ediciones

contacto: marbenediciones@gmail.com

web: facebook.com/marbenediciones

Instagram: [marbenediciones](https://www.instagram.com/marbenediciones)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

ISBN: 978-84-09-00430-0



Miedos

y otras desventajas

Rubén Cerdá

La conquista del miedo consiste en su
aceptación...

A ti, que compartes el presente conmigo mientras
planeamos el futuro juntos, creyendo siempre en mí.

B.

Prólogo

Miedos y otras desventajas. Cómo no, Rubén no podía pasar sin contar historias de este tipo. Quienes le conocemos sabemos que le gusta practicar la escritura en campos muy diversos y alejados de esta temática.

Por ejemplo, su página de Facebook llamada *Perversia*
(www.facebook.com/perversia.escriptor)

A pesar de su nombre trata básicamente sobre sentimientos, sensaciones y deseos, ideas, pensamientos...

Entre las líneas de lo que él llama “microimágenes” (microrrelatos vinculados a una fotografía) el amor juega un papel muy importante en la gran mayoría de sus escritos, y creo, desde mi punto de vista, que lo expresa y maneja francamente bien.

Pero como decía al comienzo, resulta inevitable que sus letras giren también en torno al misterio o el terror. Desde siempre, entre las aficiones de Rubén se ha encontrado el ahondar entre los misterios, haciendo incluso que durante años fuese en busca de sucesos extraños de los cuales aprender y sacar respuestas o conclusiones. Todos esos años confluyen en estas cinco historias (y algunas más que espero se decida a publicar en un futuro), cuya base principal es el miedo al que se enfrentan sus protagonistas en algún momento de su historia,

desde el miedo a lo desconocido como el miedo incluso a conseguir hacer realidad un deseo.

Y junto a ese miedo, de forma ineludible hay otros sentimientos, otras emociones: inseguridad, duda, pesimismo, ignorancia... los cuales nos colocan siempre en desventaja cuando en algún instante de nuestra vida nos enfrentamos a algo que escapa a la razón.

Os dejo con estas cinco historias mientras Rubén continúa trabajando, ahora en un nuevo proyecto totalmente diferente a este, una serie de cuentos cargados de magia, ilusión y deseos concedidos.

Podéis encontrar más información al respecto en las redes sociales de esta editorial:

www.facebook.com/marbenediciones

Mario Vera

Noche de leyenda



Llegar a la cima me llevaría unos quince minutos. Los muros de piedra recortaban una frágil silueta contra el oscuro cielo nocturno, al estar débilmente iluminados por un puñado de focos de baja potencia. El acceso no debía estar muy lejos, en la parte posterior, como me indicó el viejo. Tras unos pasos encontré bien disimulada entre grandes arbustos la zona de alambrada con la apertura justa para una persona.

A lo lejos se dejó oír la risa de una pareja que se acercaba por el callejón. Entré por el hueco y me oculté en la maleza, mientras las risas pasaban de largo y mis ojos se adaptaban a la falta de luz.

Había llegado aquí por error. Más bien por falta de previsión. Nunca pensé que hiciese falta reservar en un hotel de pueblo pequeño. Un lugar apartado y tranquilo, sin curiosidades culturales ni atractivos turísticos. Aquella mañana me encontré con que un tal Andresín iba a contraer matrimonio con Pepa “la curiosa”, y ante tal evento no quedaban habitaciones por los familiares venidos de fuera. Me recomendaron marchar al pueblo de al lado, a solo diez kilómetros. Llamé para evitar otra posible eventualidad. Al parecer allí no se casaba nadie, ni siquiera en los próximos meses, por lo que no tenía problema en conseguir hospedaje.

Aproveché lo que quedaba de mañana y un par de horas de la sobremesa para hacer el reportaje fotográfico y marché pronto al hostel del pueblo vecino. No estaba mal, quizá demasiado sencillo, pero era limpio, suficiente para pasar la noche. Aquella tarde estuve paseando por los alrededores. No era grande por lo que en un par de ocasiones me salí del pueblo, una por cada extremo. Entre aquello y un rato de lectura en una plaza, a la sombra de unos cipreses y ambientado por el continuo caer del agua de una fuente, llegué a la hora de la cena.

No había restaurantes, por lo que me tuve que conformar con un sencillo plato de longanizas, con morcilla, y huevo frito con patatas (sin miramientos, al estilo del lugar) en el bar del hostel, lugar también de encuentro de los vecinos más cercanos. Generalmente soy bastante reservado, pero llevaba toda la tarde sin hablar con alguien, eso o que estaba a punto de acabar la primera copa de vino de la tierra. Puede que la comunión de ambos efectos fueran los causantes de lanzarle aquella pregunta inesperada al camarero-dueño-recepcionista, en el momento en que retiraba un plato vacío.

—¿Hay por aquí algún lugar del que se cuenten historias raras?

El gesto de su cara lo dijo todo. Abrió mucho más los ojos que la boca.

—¿Cómo dice? —respondió.

—Que si tienen por el pueblo alguna casa o lugar del que digan que pasan, o hayan pasado cosas extrañas.

–¿Qué tipo de cosas? –preguntó apoyando las manos en la mesa. Admito que no me gustó el gesto, parecía intimidatorio, pero no me dejé amedrentar. Quizá fuera solo mi apreciación.

–Bueno, ya sabe –dudé un segundo sobre cómo abordar el tema–. Historias de fantasmas y ese tipo de cosas.

La duda de aquel tipo fue mayor que la mía. Por instinto, miró de reojo a sus compadres de la barra que se habían vuelto a escuchar y acabo por decir:

–No, lo siento –tras lo que volvió a incorporarse y se fue con el plato.

Allí me quedé, masticando un trozo de pan mojado en huevo, mientras los feligreses de la parroquia del vino me miraban, cálices en mano.

–Entonces lo del castillo ¿qué es, una fábula? –dijo una voz femenina desde la cocina.

–Charo no te metas –le replicó el marido.

–¡Vah! A estas alturas de la vida me vas a decir a mí lo que debo o no decir.

Charo salió secándose las manos con un paño, sin hacer caso a la congregación de la barra que refunfuñaba entre dientes y aliento espirituoso.

–No les hagas caso, muchacho –dijo la señora mientras se sentaba frente a mí–. Estos viejos se han vuelto tan vagos, que ni siquiera les interesa ya hablar de las cosas de su propia casa. ¿Te apetece otro vasito de vino?

Negué con la cabeza y la boca llena, aquello pintaba bien y no era plan de embotarme la mente. Tragué ruidosamente para poder replicar:

–¿Qué ocurre con el castillo?

–La verdad es que no es tema agradable de contar, pero si ha ocurrido, ya nada puede cambiarlo, y por mucho que piensen lo contrario estos holgazanes

–dijo mirando hacia ellos con desaprobación–, no hay nada de malo en compartirlo con otros.

Charo hizo un eficiente silencio con gran maestría, tanta que he de admitir que me pareció totalmente espontáneo.

–Hace cosa de unos treinta años, cuando nosotros éramos mozos, en el pueblo vivían una pareja de novios. Se llamaban Blas y Carmela.

Llevaban festeando poco más de dos años cuando ocurrió. Se comprometieron poco antes de que él marchase a la mili. Luego hubieron muchas cartas y pocos permisos durante esos dos años de servicio, pero aún mantenían el interés del uno por el otro. Los amores de aquel entonces eran así, apenas estuvieron juntos, pero un compromiso era un compromiso. Cuando Blas se licenció, volvió al pueblo hecho un hombretón. Demasiao hombre, dijo la Carmela cuando lo vio de lejos bajar del autobús. Y eso lo oí yo, que nadie me lo ha contaó.

El caso es que aquel fin de semana se hizo en el pueblo una fiesta para celebrar el regreso de los de aquella quinta. Hubo música en la plaza, banderas, luces y los chicos vestidos con el uniforme. Muy bonito. Sólo eran cinco muchachos, pero todo el mundo estaba de fiesta aquella noche. Ya sabe, aquí nos conocemos todos, hasta del más callao sabemos sus secretos. Y hablando de secretos, le diré que del Blas se contaó que tenía

un pronto que más de una vez le consiguió un ojo morao o un labio partio.

Cuando la fiesta comenzó a decaer, cada pareja se fue repartiendo por el pueblo, unos antes que otros. Blas y Carmela se fueron a las faldas del castillo, había por allí varios buenos rincones donde los jóvenes nos dábamos el amor que permitía la época. Blas, como casi todos, sea dicho, llevaba en el cuerpo alguna copa de más, pero todo el mundo no sabe comportarse como debe cuando se ha bebido. Parece ser que el Blas buscaba aquella noche algo más que un calentón, y la Carmela de seguro que no quiso entrar al trapo. Lo digo porque tiempo antes de aquello, cuando se hablaba de preparar la fiesta, hubo alguna calentona que dijo donde iría con su soldao aquella noche a, ya sabe usted, más que nada para que nadie más fuera al mismo sitio, y la Carmela dijo que ella esperaba un momento más romántico y sin tanta prisa. Por lo que como le dije, de seguro que ella no quiso, así que el Blas la forzó. Sabemos que fue así porque la pobrecica llevaba la ropa interior desgarrá. Ocurrió que la Carmela acabó cayendo en uno de los fosos de las ruinas del castillo y se partió el cuello. Imaginamos que fue huyendo del Blas, como en aquella zona no habían farolas ni nada de eso.

–Triste historia –comenté–, pero intuyo que no ha acabado.

–Así es. El Blas apareció en el pueblo sin la chaqueta, la camisa por fuera, la cara desencajá y gritando cosas sin sentido. La verdad es que la desgracia tenía la pinta de un accidente, pero metieron preso al Blas, ya se imagina usted, por lo de la ropa rota. Por aquel entonces, las cosas de criminales iban despacio. Ahora también, no tanto, pero sólo un poco mejor, la

diferencia no es tan grande. Dejaron al Blas en el cuartel de la Benemérita mientras daban parte y todo lo que conllevaba la situación. Por un lado, era por su seguridad, porque el padre de la Carmela le quería pegar un tiro de escopeta, y lo hubiera hecho si se lo encuentra por la calle.

Dijeron que las dos primeras noches despertaba gritando a todo el cuartel, pero no quería contar lo que le pasaba. A la tercera noche dejó de hacerlo, y todos agradecieron poder dormir. A la mañana siguiente se lo encontraron colgado del cuello. Se había hecho la soga con la manta del camastro. El pobre Blas se había enganchado poco después de repartir la cena, y había pasado la noche muerto, pues estaba tan tieso por la mañana que no pudieron doblarlo para sacarlo al pasillo del cuartel y dicen que tuvieron que romperle algo del cuerpo para que pasara por la esquina. Ya le dije que se había hecho un hombretón en toda regla. Desde entonces se comenta que el Blas se mató porque se le aparecía la Carmela y le atormentó aquellas dos noches. Claro que también hay quien dice, que algún amigo del padre de la Carmela le dejó entrar unos minutos a la celda y le partió el cuello como a su hija, y luego lo colgó.

Nadie sabe en realidad lo que le pasó al muchacho, pero sí le puedo decir que desde aquella desgracia, hay noches en que se escuchan gritos de lamento de mujer entre las murallas del castillo. Y no es que se comente como posible, es que yo le digo que los he escuchado, y no ha habido nada en la vida que me haya puesto los pelos tan de punta como aquello. Así que ya ve, hijo.